



## EDITORIAL

### EL PACTO SOCIAL TRAS BAMBALINAS

El 9 de marzo elegiremos a quien ha de gobernarnos desde el 1º de junio de este año. Por todos lados comienza a escucharse una petición para el nuevo gobernante: que dialogue con todas las fuerzas sociales, políticas, económicas, religiosas, culturales. Que impulse un gran acuerdo nacional para sacar al país del hoyo en que está metido. ¿Es posible dicho acuerdo? Y si lo es, ¿cuáles han de ser sus características primeras?

Una vía para responder tales preguntas es la del deseo y la ingenuidad voluntarista. Según ésta, el gobernante electo debería convocar a un pacto nacional, sin exclusiones y habría que poner por encima de cualquier otro interés, el bienestar de todos. Los problemas de seguridad, empleo, crecimiento económico, déficit fiscal, educación, salud, etc. son tan graves que hay trabajar juntos para comenzar a superarlos. Sin embargo, los problemas mencionados no son nuevos. Los venimos arrastrando desde hace décadas. ¿Por qué entonces no se han resuelto? ¿Por qué no se firmó un pacto social antes? ¿Es que no había conciencia social sobre su necesidad antes?

Una vía alterna para analizar la viabilidad del pacto y sus características primeras atiende a un hipotético desplazamiento de un sector empresarial por otro emergente aliado a empresas foráneas. El primero creció al amparo de los diversos gobernantes del siglo XX. Los segundos intentan crecer bajo la sombra de gobiernos del FMLN. La disputa fundamental ocurre, pues, en el ámbito de la economía. Está en juego el reparto de beneficios producidos socialmente, es decir, quién se queda con qué. La respuesta a estas preguntas sería la base del pacto: O el "tradicional" sector empresarial se incorpora subordinadamente al proyecto del sector empresarial "emergente" o se prolonga la indefinición del asunto.

El proceso electoral de 2014 podría dar legitimidad al movimiento que acontece en la estructura económica. Las políticas sociales del nuevo gobierno prestarán el mismo servicio así como también cualquier convocatoria gubernamental a un diálogo social. Sin embargo, que nadie se engañe. La viabilidad de un despegue económico del país no dependerá primeramente de un pacto en la escena pública sino de un pacto en la estructura económica, es decir del pacto tras bambalinas.

## CONTENIDO

- ♣ El Salvador segunda vuelta electoral 2014: Quien no está conmigo, ¿está contra mí?
- ♣ ¡Otra vez Venezuela!
- ♣ Reflexiones sobre la gobernabilidad democrática en el próximo gobierno
- ♣ De Constitución y artículos "pétreos"
- ♣ La moderación ideológica entre el FMLN y Arena

*Observación y Análisis  
de las elecciones 2014*

*Correo electrónico:  
[brujula.electoral@uca.edu.sv](mailto:brujula.electoral@uca.edu.sv)*

# El Salvador segunda vuelta electoral 2014: Quien no está conmigo, ¿está contra mí?

Luis Eduardo Aguilar Vásquez, Departamento de Sociología y Ciencias Políticas.



En nuestra cultura política es difícil entender que los que no votan por el mismo partido no son enemigos, ya que sin importar por quien se vote, la mayoría de los salvadoreños (que no formamos parte de la cúpulas partidarias) tendremos la necesidad de convivir en el mismo territorio. Durante esta y otras campañas electorales personas que hablan de política en el trabajo, los centros de estudio, el vecindario, las iglesias y dentro de las mismas familias se han visto enfrentadas en situaciones complicadas con una fuerte carga emocional donde hay poco lugar a los matices, en muchos casos la plática casi obliga a una aceptación de un partido ó rechazo del otro.



Otro ejemplo de esta tensión se observa en las redes sociales, en las mismas no es difícil encontrar posturas partidarias rígidas, testarudas o sin fundamento que suplantán el diálogo con insultos, amenazas y difamaciones. Tomar una postura partidaria es un legítimo derecho en una sociedad democrática pero no debería de reducir la percepción de la realidad y fomentar la discriminación, intolerancia y resentimiento que poco o nada ayudan a la convivencia. El problema de estas formas de intolerancia es que se asuman como algo normal, natural o habitual y que se justifique la agresión del otro a quien percibo como posible enemigo.

2

En El Salvador establecemos una diferencia entre el “nosotros” y el “ellos”. A estos últimos, a los otros les adjudicamos características negativas a diferentes ámbitos de la vida, ya sea al adversario político, a los que en fútbol profesional reciben dinero por perder, a la monja embarazada en Roma, al que ganó concurso literario con plagio, al barbado que aparece en un islote en el pacífico y la lista de los “juzgados” sigue. En este sentido, la sociedad salvadoreña espera como regla una conducta madura, respetable y honrada de los otros ciudadanos, los partidos políticos y de los candidatos para esta segunda vuelta, pero ¿por qué no buscamos nosotros aplicar la misma regla a nuestras propias conductas?

Esta segunda vuelta electoral 2014 vuelve a enfrentar dos posiciones que parecen mutuamente excluyentes, y que vienen compitiendo luego de los Acuerdos de Paz; tanto el FMLN como Arena se han visto obligadas a convivir en el desarrollo del pluralismo democrático, en donde la consigna debería de ser que cada quien pueda defender su ideología sin atentar la dignidad del otro, pero no solo desde las cúpulas sino desde los ciudadanos comunes.

En la democracia salvadoreña los ciudadanos deberíamos de generar formas de convivencia que deben caracterizar a las sociedades plurales en donde se piense más allá de posiciones coyunturales y/o emotivas (que es a lo que nos podría llamar esta segunda vuelta electoral), dejar de lado una percepción estereotipada: del nosotros y ellos, ya que la misma atenta contra la convivencia de todos. Se debe buscar posturas que permitan unificarnos en un ambiente de respeto, y no pensar que quién no está conmigo, está contra mí.

Parece que en estos días que se aproximan al 9 de marzo, estamos frente a un *deja vu* mediático provocado por una serie de spots donde se hace eco de la situación conflictiva que en las últimas semanas ha ocurrido en Venezuela. Es una propaganda política que hace recordar lo que en otrora se ocupó para alertar del peligro que representa para El Salvador el llamado “comunismo internacional”. Hace recordar también, que en este país grupos cegados por su posición económica-social, han difundido con ahínco a través de diferentes medios de comunicación la idea que ser comunista es sinónimo de criminal, de terrorista, de autoritario, de maligno, de inhumano y otra serie de calificativos peyorativos. Este es un pésimo error conceptual que representa un anacronismo por parte de un partido político que no evoluciona.

Es un yerro conceptual porque no se puede –desde ningún punto de vista aceptable– colocar en la misma categoría a toda aquella persona que elabora una crítica al sistema capitalista o que propone alternativas de una organización de la sociedad con parámetros distintos a los comúnmente aceptados bajo el ahora sistema reinante. Es indiscutible que en El Salvador han existido personas declaradamente comunistas. Ha habido incluso un partido comunista como los hubo en otras regiones del mundo. La diferencia es que en países civilizados, en lugar de asesinarles les incluyeron en el ruedo electoral para que desde la legalidad buscaran realizar su proyecto político.

Pero no todas las personas con un discurso a favor de las mayorías populares han abrazado el proyecto comunista. No todo discurso emancipatorio es comunista. Para muestra un botón: Monseñor Romero no era comunista por más que sus enemigos le hayan puesto ese epíteto. Y en todo caso, el comunismo, en tanto postura política, debe ser aceptado como una posición ideológica más en un país libre y democrático.

El desafío para la sociedad en general es entonces, profundizar más sobre el comunismo y la democracia. Bien harían al desarrollo político-cultural si los grandes medios de comunicación comenzaran a dar pasos en esa línea y orientaran mejor a la militancia de los partidos y al electorado en general para ya no seguir con campañas propias de la guerra fría.

Todo parecía indicar que Arena había abandonado la apelación a ciertos personajes y países catalogados de comunistas para hacer propaganda electoral. Antes de la primera vuelta daba esa sensación. No obstante, para esta segunda vuelta, han arreciado sus comerciales para transmitir el mensaje que “El Salvador no será otra Venezuela”, como si ésta fuera la mayor preocupación de la población. Satanizar la situación actual del país suramericano para ganar votos no es lo más inteligente que se pueda hacer por dos razones:

- a) La campaña debe de centrarse en demostrar que están empapados de la real situación del pueblo salvadoreño y que tienen las mejores estrategias para combatir los diferentes males que lo aquejan;
- b) en el mundo existen diferentes países con graves problemas políticos, económicos y sociales en los cuales no hay que caer y salir de aquellos que son similares a los que tiene ya El Salvador.



En conclusión, la violencia y la infiltración del crimen organizado en estructuras estatales, el bajo crecimiento económico, los problemas en la educación, la situación de las pensiones y la desigualdad social, son peligros mucho mayores y reales que caer en “las garras del comunismo”. Cuando Arena entienda bien esto, a lo mejor realizan una campaña más adecuada a la altura de estos tiempos y de la realidad actual.

Spot disponible en: <http://goo.gl/Y5pAfP>



Estamos prácticamente a días de la elección presidencial en segunda vuelta para saber cuál de las dos fórmulas presidenciales contendientes será la ganadora. Terminado el calor de la campaña electoral, estará en juego de inmediato la capacidad de gobernabilidad; no del partido que gane, sino del país. El acto inaugural del nuevo período gubernamental estará presidido por la aceptación de los resultados del escrutinio electoral por ambos partidos, pero sobre todo de aquel que no obtenga el favor del electorado para conducir el Ejecutivo en los próximos 5 años. Hay que ser claros, no existe en el ambiente político ninguna

señal que lleve a pensar en algún tipo de fraude electoral, por lo tanto, no habría ninguna excusa seria para que cualquiera de ambos partidos no acepten los resultados. Este acto será la primera señal para encaminar al país por la ruta de la gobernabilidad democrática.

El desarrollo de El Salvador dependerá en buena medida de los resultados de la gestión política, que además de ser realmente participativa, y valga la redundancia, inclusiva, deberá dar señales claras de un mayor equilibrio dinámico entre el nivel de las demandas de los sectores y actores sociales a escala nacional y territorial y la capacidad del sistema político de trabajar en función de objetivos de largo plazo para responder a estas demandas de manera legítima y eficaz (Camou 2001:36)<sup>1</sup>. Esta gestión política se sustenta de una concepción de la gobernabilidad de corte multidimensional y relacional, es decir, que para funcionar bien y mejor debe de establecer y llevar a la práctica, un conjunto de **acuerdos de nación** sobre el desarrollo económico, desarrollo social, desarrollo ambiental, rol del Estado y la institucionalización de las reglas de juego político y democrático.

La capacidad de gobernabilidad, en estos tiempos, ya no es simplemente un asunto del Ejecutivo y de los arreglos que logre hacer con las diferentes fracciones presentes en la Asamblea Legislativa para ejecutar su plan de gobierno y disminuir las presiones sociales. Recurrentemente se ha sostenido que el desarrollo de nuestro país demanda que el sistema político diseñe, ejecute y evalúe políticas de Estado, lo que implica necesariamente la instauración de un nuevo modo de hacer política, tanto para el partido que gane las elecciones, como para los partidos que estén en la oposición. Lo mismo vale para el resto de actores y sectores que inciden en los destinos de El Salvador.

En concreto, el FMLN, Arena y el resto de partidos políticos, tienen el desafío de provocar una reingeniería de fondo y en todas sus estructuras en función de superar las prácticas de actuación caracterizados, desde los Acuerdos de Paz, por una fuerte polarización ideológica. Los conflictos de este tipo de polarización, arrastran en diferentes modos e intensidades al sistema de actores que inciden en El Salvador, afectando las oportunidades reales de instaurar un nuevo modelo de relacionamiento multi-actor y multidimensional, necesario para procesar las demandas del país, con el cual no contamos del todo, lo que implicará para todos los partidos políticos, pero especialmente para el partido de gobierno, la capacidad de impulsar una reingeniería de nuestro marco jurídico institucional para asegurar una mayor pluralidad en los procesos de negociación y toma de decisiones que le permita al país avanzar hacia una mayor integración entre el Estado, mercado y sociedad civil en razón de una visión de país y de unos objetivos superiores de desarrollo de largo plazo. Esta nueva manera de concebir la gobernabilidad le exige al FMLN y Arena, en primera instancia y a todo el sistema de actores y sectores del país, el establecimiento de unos acuerdos fundamentales que hagan viable, creíble y eficiente el sistema político. Lo demanda el presente y futuro del país.

<sup>1</sup> Camou, Antonio (2001). **Los desafíos de la Gobernabilidad** (Estudio preliminar y compilación) Flasco/IISUNAM/Plaza y Valdés. México.

En plena campaña se ha reavivado el “debate” sobre la Constitución y sus artículos “pétreos”. Mientras Sigfrido Reyes, del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) opina que el referéndum “debería ser una opción y una figura válida, como en cualquier sociedad democrática”; Jorge Velado de Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) dice que “la Constitución de El Salvador lo que dice es que tenemos una democracia representativa, no una democracia participativa”<sup>1</sup>. Salvador Sánchez Cerén, candidato del Frente, no tardó en decir que su partido no tenía intenciones de cambiar la Carta Magna. Por criterios electorales nadie se atreve a expresar con contundencia la necesidad de derogar o hacer reformas constitucionales de calado. Pero es necesario ir más allá de la propagandística y rudimentaria idea de que cambiar la Constitución para introducir el referéndum o la reelección es abrirle las puertas al “Socialismo del siglo XXI”, quimera que con exceso de simplificación ha creado la derecha para inocular miedo y ganar votos.

Las constituciones, a diferencia de las Tablas de la Ley de Moisés, no están escritas en piedra ni tienen vocación de eternidad. Un cambio en las circunstancias políticas y sociales lleva a modificarlas total o parcialmente. El politólogo Josep Vallés plantea las siguientes ideas: 1) “si el texto constitucional aparece como la imposición intransigente de una parte de la comunidad, la parte perdedora no aceptará el resultado y no cesará de intentar su modificación por todos los medios a su alcance”; 2) “por su misma naturaleza de acuerdo político, las constituciones no son inmutables; 3) “las transformaciones sociales, económicas y culturales afectan los pactos políticos fundamentales y modifican las reglas del juego”<sup>2</sup>. Si bien el FMLN participó en importantes reformas constitucionales a través de los Acuerdos de Paz, los tiempos han cambiado y hoy prácticamente es la primera fuerza del país. ¿Por qué debería la ciudadanía sacralizar la vigencia de una constitución decretada en plena guerra civil, bajo la exclusión de una importante fuerza política representativa, en una época donde no se respetaban los derechos políticos ni las libertades básicas? ¿Por qué asumir la Constitución de Arena-PCN-PDC como propia?

La intransigencia de Arena no solo soslaya la nueva realidad política sino que también muestra contradicciones, porque gobernó y legisló de espaldas al documento del que se presenta como paladín. Mientras el artículo 101 establece que el orden económico “debe responder esencialmente a principios de justicia social” no dudó en impulsar esquemas regresivos de tributación. Pese a que la ley primaria ordena que se garantice la libertad económica “en lo que no se oponga al interés social”, con la privatización privilegió el interés privado al social sin que se buscara “asegurar los beneficios de ésta (la iniciativa privada) al mayor número de habitantes del país” (Art. 102). De nada importa que “se reconozca y se garantiza el derecho a la propiedad privada en función social” (Art. 103), cuando la propiedad privada se ha convertido en un fetiche con poco o nada de función social.

Arena incurre en un falso dilema al oponer como excluyentes a la democracia participativa y representativa. Toda sociedad con una comunidad política a gran escala requiere un sistema representativo ante la imposibilidad de que cada miembro exponga sus puntos de vista y participe en la toma de decisiones. Pero la representación tiene límites, y ante decisiones clave muchos países democráticos optan por instrumentos complementarios de democracia directa, no solo la Venezuela de las pesadillas areneras, sino también Costa Rica, Canadá, Noruega, Holanda o Estados Unidos. Lo mismo puede decirse de la reelección, que ha permitido a líderes reconocidos como grandes estadistas ser ratificados en sus cargos cuando la población (en quien descansa la soberanía) estima que hacen bien su trabajo: no solo Hugo Chávez, Rafael Correa o Evo Morales; sino también Barack Obama, François Mitterrand o Lula. Hay que desmontar los mitos que por repetirse mil veces pasan por verdades absolutas.



<sup>1</sup> Ver “FMLN y ARENA se enfrentan...”, disponible en [<http://www.laprensagrafica.com/2014/02/11/fmln-y-arena-se-enfrentan-por-referendum>]

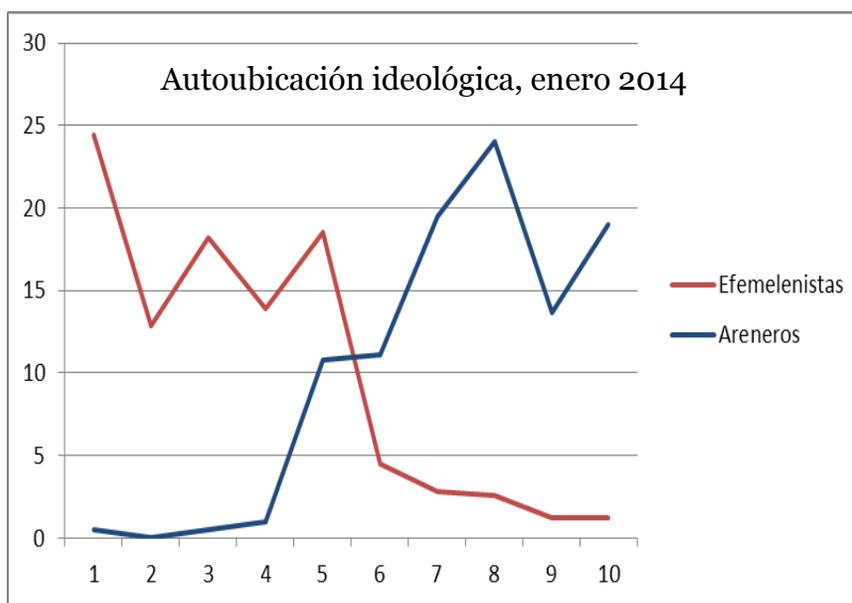
<sup>2</sup> Ver Vallés, Josep (2008). *Ciencia Política. Una introducción*. Barcelona. Ariel, 7ª edición.

Una de las características del actual proceso electoral es la convergencia en las propuestas de gobierno de los partidos y candidatos contendientes. Esto ya se notó en la primera vuelta y se ha hecho más patente en la segunda. Las diferencias parecen más de enfoque o se plantean en términos de eficiencia, que en términos ideológicos. Si no fuera porque en los últimos días Arena ha recurrido a una más agresiva campaña de miedo, utilizando esta vez los acontecimientos en Venezuela, bien podría decirse que esta convergencia programática expresa un menor peso de las posturas ideológicas como factor explicativo de los comportamientos políticos.

Ahora bien, la mencionada convergencia es posible rastrearla incluso hasta las elecciones de 2009. La misma candidatura del FMLN entonces ya anunciaba una novedad. Contrario a la afirmación ideológica que supuso la candidatura de Schafik Handal en 2004, la candidatura de Mauricio Funes expresaba una aceptación efemelenista de un “corrimiento” hacia posturas ideológicas más hacia el centro. En cierta forma se trataba de una respuesta a otro “corrimiento” que se había registrado en el seno de Arena en 2004 con la candidatura de Antonio Saca. En otras palabras, desde 2004 ya se podía hablar de un movimiento hacia la moderación del sistema de partidos salvadoreño.

Las impresiones anteriores pueden ser respaldadas con datos provenientes de encuestas de opinión. Por suerte contamos con información sobre la ubicación ideológica de quienes prefieren al FMLN y Arena para los años 2003 y 2014 entre las bases de datos del Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA.

La gráfica muestra el perfil ideológico para enero de 2014 de quienes prefieren al FMLN y Arena. Como es de



esperar, los que prefieren al FMLN tienden a ubicarse en el lado izquierdo de la gráfica mientras que aquellos cuya preferencia partidista es Arena tienden a autoubicarse en el lado derecho de la gráfica. La autoubicación media de los primeros es de 3.43 mientras que la de los segundos es de 7.68. En 2003 la medición registró 2.63 y 8.74 respectivamente. Estos datos muestran, pues, una reducción de la distancia ideológica<sup>1</sup> entre ambos grupos de electores al pasar de 0.68 a 0.47 entre los años mencionados. No hay duda pues que la polarización del sistema disminuyó, al menos, desde el punto de vista de quienes prefieren a los principales partidos salvadoreños.

<sup>1</sup> Esta se mide con la diferencia entre las autoubecciones ideológicas de quienes prefieren a ambos partidos dividida por 9 que es el máximo rango en la escala de 1 a 10.